

Cuento



dramaturgia • poesía

#IdartesSeMudaATuCasa-
Otros mundos posibles



Las lluvias



©Andrés Rojas

Era jueves cuando llegaron las lluvias. Yo estaba trabajando en casa cuando oí las primeras gotas cayendo de repente con fuerza sobre el vidrio. No presté atención, no tenía por qué. Así es el clima en Bogotá: en un momento sol y al siguiente un aguacero. Fueron los pitos de los carros los que me hicieron mirar por la ventana. El escándalo no me dejaba pensar. Lo primero que vi fue el trancón, inexplicable a esas horas, incluso con lluvia. Luego me fijé en los cuerpos tendidos sobre el andén y el asfalto. No quedaba nadie de pie. No sabía si estaban desmayados o muertos, y tampoco sabía por qué. Los carros maniobraban nerviosos, chocando entre sí, tratando de avanzar. Un taxi con la ventana del conductor abierta era el único inmóvil; el pasajero salió, confundido, pero apenas el agua lo empapó, cayó desgonzado sobre el suelo, con los ojos abiertos recibiendo el golpe de las gotas. Sin dejar de pitar, los conductores empezaron a pasar sobre los cuerpos. Yo miraba sin poder reaccionar, mientras el aguacero seguía cayendo.

Me cuesta recordar lo que siguió. No sé a qué hora dejó de llover, ni lo que dijeron las noticias. Cuando desperté, al otro día, todo volvió a mi mente como una ráfaga. Los cuerpos seguían en la calle y el piso todavía estaba mojado. Algunos vecinos se aventuraban a salir, evitando los charcos y mirando las nubes con temor. El teléfono sonó toda la mañana. *Estoy bien. ¿Tú estás bien? Sí, terrible. No, yo tampoco sé. Cuídate, por favor.* Todos hablaban del *veneno*; ese era el nombre que le habían puesto al miedo. Liliana no me contestaba y nadie sabía de ella. Esperaba que fuera un problema de la señal. Me conecté para saber algo, pero solo había especulaciones y fotos de los muertos en todo el mundo. Lo único cierto era que el *veneno* estaba en el agua, y que se transportaba en cualquier tipo de humedad. Seguramente ya había llegado a los acueductos, así que era mejor no tomar agua de la llave. Hablaban de nuevas víctimas, que no habían sido tocadas por la lluvia. Era mejor permanecer aislados. El *veneno* podía estar en el sudor, en la saliva, en el aliento. También recomendaban permanecer en casa, pero no pude evitar salir: tenía que saber cómo estaba ella.

Saqué el paraguas, más como amuleto que otra cosa. Afuera el aire tenía un olor dulce y corría un viento suave, pero espeso. Ya empezaban a recoger los cadáveres, que se veían extrañamente blandos. No había casi tráfico y todo estaba cerrado, los pocos que caminábamos por ahí nos mirábamos con desconfianza, cambiando de andén para no cruzarnos. Liliana vivía lejos, y el cielo se estaba poniendo gris. Apuré el paso, calculando en dónde me podía meter en caso de que lloviera. A lo lejos sonó un trueno y sentí que se me salía el corazón. El viento se hizo más fuerte. Como pude, corrí hasta un zaguán con escaleras, golpeé a la puerta. Desde adentro sonaron pasos acercándose, pero solo para echar candado. En ese momento se soltó el aguacero. Yo a duras penas estaba cubierto por el alero, y el agua caía con fuerza. Erizado en la punta de los pies, abrí el paraguas hacia el piso, para protegerme de las gotas que salpicaban. Llovió por una eternidad, y cuando por fin escampó, todavía no me atrevía a moverme. Tiré el paraguas, empapado por fuera. Del borde del alero caían gotas. Me quedé ahí tal vez un par de horas.

Ya estaba oscureciendo cuando el cielo se despejó, y me atreví a caminar. Todavía estaba más cerca de mi casa que de la suya, pero preferí no devolverme. Si volvía a llover, estaba jodido. Ni siquiera sabía si estaba en su casa, si estaba sola, si quería verme o si seguía brava conmigo. Seguramente no me contestó porque no se le dio la gana. Me sentía como un idiota, pero seguí. Las calles estaban vacías, excepto por los cuerpos; algunos parecían recién caídos. Algunas partes estaban inundadas. Tuve que dar varios rodeos, por lo que el camino se hizo más largo. No era capaz de saltar sobre los charcos, tampoco de pasar bajo los árboles, que todavía goteaban. De repente me golpeó el hambre. No había comido nada desde la primera lluvia. Parecía que algo me estuviera mordiendo por dentro. Esperaba que no fuera el *veneno*. Levanté la cabeza. Hasta ese momento no me había fijado en las ventanas: casi todas tenían las luces apagadas; en algunas alguien se asomaba con miedo y se escondía cuando lo miraba. Nadie me iba a ayudar.

Unas cuerdas después vi una tienda sin rejas en las ventanas. Algunas botellas se veían a la mano. Me acerqué. *Es una emergencia*, pensé justificándome. Alisté el codo para romper, pero en ese momento sonaron unos golpecitos en el vidrio. Era la punta de una escopeta apuntándome a la cara, y detrás, un par de ojos apretados. Di algunos pasos hacia atrás y luego caminé de lado casi media cuerda, antes de darle la espalda a esa ventana. Ya no creía poder llegar a salvo a ningún lado. Me arrepentí de haber salido. Ella seguramente estaría acompañada. Si era así o no, daba igual. Si no me respondió al teléfono las llamadas ni los mensajes, tampoco me iba a abrir la puerta. *Ya no tenemos nada*, me había dicho la última vez. Las cosas no habían terminado bien. Cuando nos separamos, yo me quedé con los muebles y ella se quedó con los amigos. Los que me llamaron a ver si estaba bien eran los mismos que ya no me invitaban a sus casas. Así estaban las cosas. Qué le vamos a hacer. Mi familia estaba lejos. No tenía a dónde ir. ¿O sí? No tan lejos vivían los amigos que nos habían presentado. *Es una emergencia*. Lo peor que podía pasar era que no me abrieran.

Y eso fue lo que pasó. Hablamos a través del comunicador. *Por favor vete a tu casa*. El sudor, la saliva, el aliento, pensé. Tenían razón: yo había estado prácticamente bajo la lluvia; cualquiera podía tener el *veneno* dentro. *¿Sabes algo de ella?* Esperaba una mentira. *Sí, hablamos antes de que se fuera la señal. Está bien*. Entonces estaba bien. *¿Está en su casa?* Siguió una pausa que casi no acaba. *Sí, pero por favor no vayas*. Ni siquiera me despedí: salí corriendo hacia la casa de Liliana. Ya no tenía hambre, ya no tenía miedo. Seguí corriendo todo lo que pude. *Debí haber corrido desde el principio*. La fatiga me ganó después de unas cuerdas. Paré a respirar y ahí fue cuando sentí el olor, el mismo olor dulzón de por la tarde, pero más intenso. Ya ni me fijaba en los cuerpos, pero estaban por todas partes, blandos y rancios, como frutas podridas. Ya no se veía gente en las ventanas. Retomé con paso lento, pero ya no había vuelta atrás. No me importaba si ella estaba con alguien o si me tirarían la puerta en la cara: tenía que verla.

No sé qué hora era cuando las luces se apagaron. Debía ser medianoche, porque la luna estaba alta. El cielo seguía despejado. Me fui acostumbrando a la penumbra, pero tenía que caminar con atención. El ruido de un motor rompió el silencio; a lo lejos un carro pasó a toda velocidad, luego se oyó un choque y el metal crujiendo; luego, silencio otra vez. Me extrañó no haber oído ningún perro; tampoco había visto ninguno, vivo o muerto; ratas o palomas, tampoco. ¿Se habían escondido antes, por instinto? Ya había perdido el sentido de la distancia. Todas las calles eran iguales en la oscuridad. Miré la luna: estaba tapada por nubes. Me volvió el miedo y empecé a caminar más rápido. Con alivio reconocí un cruce de avenidas. Faltaban algunas cuadras, pero ya estaba cerca. Aceleré el paso. En ese barrio las fachadas son idénticas cuadra tras cuadra, y con los nubarrones no se alcanzaba a leer la numeración. La casa de Liliana tenía al frente un árbol de cerezo; tenía que encontrar ese árbol. A lo lejos empezaron a sonar truenos. Caminé a tientas un buen rato, cada vez más afanado. Hasta que por fin llegué.

Solo en ese momento me di cuenta de lo absurdo que era estar ahí, sin ser llamado ni esperado. *Soy un maldito idiota*. El corazón me latía fuerte. Tenía más miedo de tocar la puerta que de la lluvia. Estaba paralizado. Me habría devuelto si no fuera porque los truenos se oían cada vez más cerca. Mire alrededor. No había dónde cubrirse. Arriba las nubes se movían amenazantes. Cuando bajé los ojos, la vi mirándome desde la ventana. Nos quedamos así, quietos, hasta que volvieron a sonar los truenos. Abrió la puerta y dio unos pasos hacia atrás. Entré con un nudo en la garganta. Vi que estaba sola. Cerré la puerta y fui hacia ella. *Aléjate, no me toques*. Agaché la cabeza. Esas palabras las había oído mil veces. *No quise decir eso*. Me miraba sin odio. Era el miedo, el *veneno*. El sudor, la saliva, el aliento. *¿Qué haces acá?* No supe qué decir. Ambos lloramos, de pie, aguantando las ganas de abrazarnos. Afuera empezaba otro aguacero.

No hablamos mucho. Comí algo y me dormí en el sofá. Soñé que seguíamos juntos, que peleábamos, que hacíamos el amor;

soñé que nadábamos en una laguna y que nos hundíamos, y me desperté. Era de día. Liliana dormía en su cama y afuera seguía lloviendo. Era una lluvia cansada, como si el agua siguiera cayendo por deber. Unas horas después se acabó y casi en seguida hizo sol. La humedad de la calle se empezó a evaporar y volvió ese olor dulzón. Ella se levantó de repente y corrió a revisar las ventanas, desesperada. Yo no entendía. Cogió unos trapos de la cocina y los apretó entre el piso y la puerta. *Dicen que hay gente envenenada por el vapor. Mejor prevenir. ¿Cómo se esparcen los rumores sin señal y con la gente encerrada?* No lo entiendo, pero no le dije nada. No me dejó ayudarla. Manteníamos la distancia. Por lo menos no me echó cuando terminó la lluvia. Comimos lo menos posible; había que guardar para quién sabe cuánto tiempo. Por lo menos había bastante cerveza. El agua de la llave, ni pensarlo.

Esperaba que con el tiempo ella se diera cuenta de que yo no era un peligro. Seguíamos sin hablar mucho. Ninguno hacía planes, y los recuerdos era mejor no tocarlos. Yo estaba confinado al sofá y usaba el baño pequeño, con cuidado de no mojarme. Ella me dejaba la comida en la mesa y la recogía con plástico. Nos limpiábamos las manos con alcohol, pero cada vez olíamos peor. La comida se estaba acabando y la cerveza también. Luego de dos días seguidos sin llover decidimos salir a comprar algo. *Solo uno*, dije. *Mejor yo*, me respondió. No me opuse. Ella seguía desconfiando: no quería que yo tocara nada primero. Había un cielo azul difícil de mirar. Salió con un morral grande, sin saber realmente si iba a encontrar algo abierto. Quedamos en que volvería rápido si no encontraba algo cerca, pero se demoró mucho, muchísimo. Yo estaba pegado a la ventana como si eso fuera a regresarla. Una nube tapó el sol. Yo sabía que detrás venían más. *Debí haber ido yo, debí haber ido yo*. Empezaron a caer gotas. Ya iba a salir a buscarla cuando la vi doblando la esquina. Trataba de correr, pero el morral le pesaba y la lluvia empezó a caer. A caer sobre ella.

Abrí la puerta. Entró, tiró el morral y se quitó la ropa; corrió por una toalla y se secó lo más que pudo, pero ambos sabíamos que

ya era tarde. La vi furiosa, como nunca la había visto. Furiosa con ella, con la lluvia, con este puto mundo. Y conmigo. Sin esperar, desocupó el contenido del morral en el piso y lo llevó a la cocina. Seguía sin dejarme ayudarla. Ella misma arrumó todo lo mojado en un armario y secó el piso. No me quiso contar qué vio, qué supo, hasta dónde tuvo que ir. De hecho, no volvió a decir palabra. Siguió dándome comida. Supongo que no quería que yo entrara a la cocina. Ahora el peligro era ella. Ya casi no salía de su cuarto. Yo la oía quejarse, pero la dejaba tranquila. Por lo visto, el *veneno* actuaba lentamente en casos como el suyo. El mes anterior, la vida anterior, el mundo anterior, todo parecía muy lejano, como en otro planeta. Una noche la oí quejarse mucho. Ya no me importaba nada: fui hasta su cama, me puse a su lado y la abracé. Ella también me abrazó. Acá estamos, no sé qué día es. No tenemos pasado ni futuro; solo el *veneno*, el sudor, la saliva, el aliento.